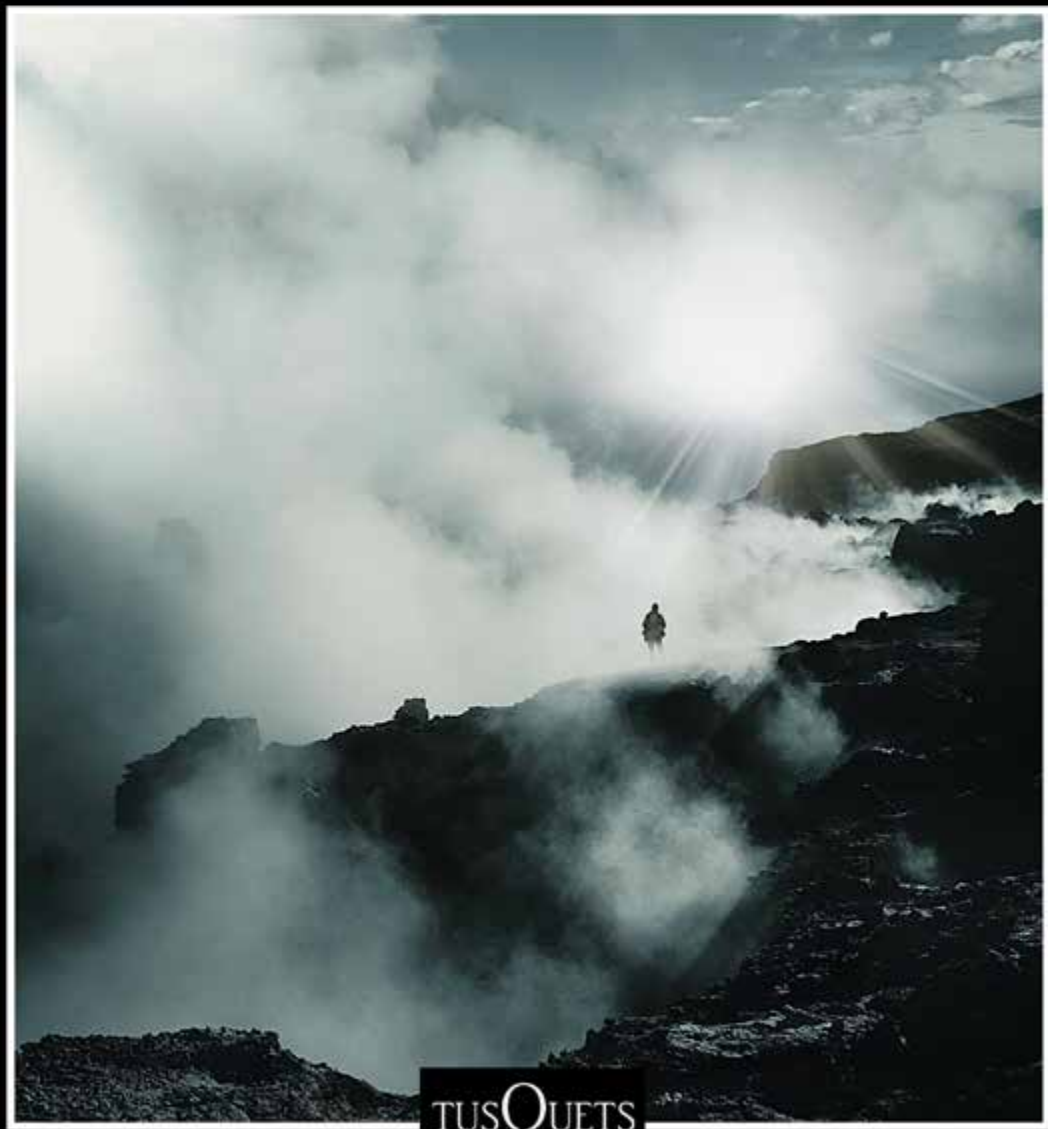


Luis Sepúlveda

EL FIN DE LA HISTORIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUIS SEPÚLVEDA
EL FIN DE LA HISTORIA

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Primera parte	11
Segunda parte	73
Epílogo	171
Agradecimientos	193
Apéndices	195

«Estimados camaradas:

»Sé que planeáis ilustrar la portada del próximo número de *The Liberator* con una imagen de León Trotsky y me parece un justo homenaje. Hace un mes os envié una crónica sobre los últimos combates en Petrogrado, ciudad asediada por las tropas blancas del general Yudénich y los cosacos del atamán Krasnov. Trotsky comandó las fuerzas del incipiente Ejército Rojo y logró establecer el poder de los soviets en la ciudad cuna de la revolución justo antes de su segundo aniversario, consolidando de manera definitiva el gobierno del soviets de los obreros, campesinos, estudiantes y soldados desde el Báltico a Crimea.

»En los momentos previos a la llegada de Lenin para la celebración de la victoria tuve ocasión de acompañar a Trotsky en una situación que juzgará la historia: hasta el primer comisario del pueblo fue conducido el atamán Piotr Nikoláievich Krasnov, un cosaco derrotado, de cuerpo tembloroso y mirada suplicante que no se atrevía a mirar a los ojos de su vencedor y sólo gemía implorando por su vida. Nada quedaba del altivo atamán de los cosacos del Don

que había jurado matar a todos los bolcheviques de Petrogrado.

»De la avenida Nevsky llegaban los gritos que pedían la muerte del atamán y Trotsky se limitaba a observarlo en silencio, con gesto serio mas no libre de lástima ante el vencido. A una orden del primer comisario del pueblo, un soldado rojo puso sobre la mesa una estremecedora fotografía que mostraba un medio centenar de obreros ahorcados por las tropas cosacas en Yekaterinoslav, y exigió al atamán que mirase la fotografía.

»El cosaco vaciló, estuvo a punto de caer y debió ser sujetado por dos soldados rojos. Tenía frente a él una prueba irrefutable de los muchos crímenes cometidos contra el pueblo ruso y en ese instante supo que le esperaba el pelotón de fusileros, pero Trotsky lo tranquilizó con las palabras que cito: “Piotr Nikoláievich, ¿se compromete usted a cesar cualquier ataque contra el poder soviético? ¿Se compromete usted bajo palabra de honor a regresar pacíficamente a su tierra y no volver jamás a levantar las armas cosacas contra el soviet de los obreros, campesinos, estudiantes y soldados?”.

»Piotr Nikoláievich Krasnov, el atamán de los cosacos del Don, asintió con movimientos de cabeza, musitó su gratitud por conservar la vida con palabras ahogadas en llanto y se retiró escoltado por una pareja de soldados rojos.

»En la amplia sala del Instituto Smolny no quedamos más que el primer comisario del pueblo y yo.

Trotsky pareció adivinar las preguntas que deseaba hacerle y se anticipó en decir: “Nada fortalecería tanto a la contrarrevolución como un mártir de la categoría del atamán de los cosacos. Nada la debilitará más que esta derrota sin honra”.

»La historia juzgará si León Davidovich Bronstein, Trotsky, hizo bien al perdonar la vida del atamán.»

John Reed

Hacía veinte años que no ponía los pies en esta ciudad de verano infernal y no pensaba quedarme más tiempo del necesario. Iba a un encuentro que no había buscado ni deseado, y lo hacía porque nadie puede evitar la persecución de su sombra. No importa el rumbo, la sombra de lo que hicimos y fuimos nos sigue con tenacidad de maldición.

Di al taxista la dirección del hotel y me acomodé en el asiento trasero dispuesto a disfrutar del aire acondicionado mientras rogaba que no me tocara un taxista locuaz, pero no hubo suerte. Apenas arrancó empezó a despotricar contra la presidenta Bachelet, culpándola hasta del calor de febrero.

—Menos mal que se va. ¿Sabe por qué la eligieron presidenta? —preguntó medio girando la cabeza.

—Supongo que me lo dirá de todas maneras.

—Porque es mujer, comunista y, claro, hija de Bachelet. Pero ahora llega un presidente como debe ser, uno que sabe manejar el país, uno que es rico y sabe hacer negocios, uno como yo: un emprendedor.

Hay tipos que piden a gritos que les metan el cañón de un arma en la boca y les propongan la senci-

lla elección entre bala o silencio, pero yo estaba recién llegado y no tenía ningún fierro conmigo. El auto era de marca coreana, imitación de coche de alta gama con un infaltable aromatizador en forma de pino colgando del retrovisor.

—¿Usted sabe quién fue el padre de la presidenta? —atacó el taxista.

—Supongo que me lo dirá aunque no se lo pregunte.

—Otro comunista —sentenció echando una mirada de bronca al periódico que tenía en el asiento del acompañante. En la portada, la presidenta que en breve dejaría el cargo vestía de blanco y con la banda tricolor terciada al pecho. Sonreía como disculpándose por ese país de insuperables cretinos.

La única pedagogía eficaz aconsejaba meterle a ese tipo un cañón en la boca y recordarle que Alberto Bachelet fue un general de la fuerza aérea leal a Allende, que pagó el precio de esa lealtad golpeado, insultado, torturado y asesinado por sus mismos camaradas de armas.

—¿Viene a Santiago por negocios? —preguntó el taxista.

—No. Soy cirujano. Experto en lobotomías.

—¿Y eso qué es? Perdone la ignorancia.

—Le abro el coco a cuanto tarado se me pone a mano y le saco toda la mierda que le impide pensar. Páseme el periódico.

Al parecer captó la sutileza porque cerró la boca. El taxi avanzaba por una autopista para mí descono-

cida. Junto al río Mapocho se alzaban las antiguas barriadas populares castigadas por el sol inclemente de febrero, y bajo el manto de *smog* grisáceo se perfilaban las siluetas de los edificios más altos de la ciudad.

Mirando la foto del periódico recordé a otro hombre noble y leal, Luis Lorca, que un día de 1971 me señaló a una muchacha rubia y pequeña, vestida con uniforme de liceana, que encabezaba una marcha de la Juventud Socialista.

—Es la hija del general Bachelet, que dos compañeros del dispositivo de seguridad sean su sombra, hay que cuidarla —dijo Luis Lorca y con razón. Por entonces los paramilitares de la ultraderecha eran bastante agresivos y, qué diablos, nosotros devolvíamos golpe por golpe.

En el hotel recibí la tarjeta magnética de mi habitación y una vez dentro revisé cajones, abrí puertas, miré por la ventana hacia la calle en busca de algo inexplicable y determinado nada más que por la fuerza de la costumbre. Soy hombre de la segunda mitad del siglo xx, de los que duermen poco y, sin haber leído jamás a Lobsang Rampa, tienen un tercer ojo en la nuca. Enseguida estudié el mapa que tomé de la recepción, memoricé las posibles vías de escape y, como aún disponía de un par de horas antes de acudir a la cita, me tendí en la cama.

Lejos de sentir fatiga por el madrugón y el calor, mis músculos estaban tensos, alertas, como en los viejos tiempos en que esta ciudad era una trampa, y

para conjurar los malos bichos del recuerdo cerré los ojos e hice un repaso de lo ocurrido en los últimos días.

La llamada que me sacó de la tranquilidad de Puerto Carmen, en el extremo sur de la isla de Chiloé, llegó con el eco inconfundible de las amenazas. No tengo teléfono celular ni ordenador conectado a internet, nada que pueda ser rastreado, pero ya nadie está a salvo del ojo del Big Brother que nos vigila desde el cosmos. Basta con sentarse frente a una pantalla, tipear Google Earth, y el movimiento del cursor sobre un continente, país, región, ciudad, barrio, nos lleva hasta los detalles de la intimidad reciente del sujeto buscado. Supongo que eso hizo Kramer para dar conmigo.

Me creía a salvo en Puerto Carmen sin hacer más que picar leña con ayuda del Petiso, y así aprovisionarnos de calor para el largo invierno austral. No deseaba otra cosa que mirar el mar con Verónica asida a mi brazo, sintiendo cómo su mirada va de la orilla a las primeras olas, de ahí a las islas Cailín y Laitec, hasta alcanzar la orilla difusa de la Patagonia continental. En ese punto sus pupilas siempre buscan la cima nevada del volcán Corcovado y se detienen impasibles, inmunes a mis promesas de cruzar un día el canal, navegar hasta el golfo Corcovado y ver a las ballenas azules apareándose en sus aguas.

El Petiso y yo aprovechábamos el buen tiempo de febrero, los días largos, para picar leña o reparar los

aparejos de pesca mientras Verónica tomaba sol, cuando mis dos pastores alemanes, *Zarko* y *Laika*, sintieron el ruido de un vehículo acercándose. Erizaron los lomos, gruñeron y se sentaron protectores junto a Verónica. A los pocos minutos vimos el Land Rover aproximándose por la senda costera.

Hay sociedades curtidas en la alerta que funcionan sin palabras y así es la que formamos Verónica, el Petiso y yo. En el momento en que el vehículo se detuvo, el Petiso condujo a Verónica hasta la casa y regresó a la carrera. Me entregó la Makarov nueve milímetros ya con una bala en la recámara y se alejó hasta la leñera, aferrado a su «pajera», una escopeta Remington 870 con cartuchos de munición de acero.

Del Land Rover bajó un hombre joven que a manera de saludo señaló a los perros.

—¿Son bravos?

—Depende.

Tomó mi respuesta como una invitación a acercarse y caminó lentamente. Mientras lo hacía, bajó la cremallera de su cazadora y abrió los brazos para demostrar que no iba armado.

—¿Juan Belmonte? —preguntó sin dejar de mirar a los perros, que enseñaban los colmillos.

—Depende —respondí tranquilizándolos.

—Hubo un famoso torero que se llamaba así.

—Un lector de Hemingway. ¿Qué más debo saber de usted?

El hombre se detuvo frente a mí y giró la cabeza mirando al Petiso, que lo apuntaba con la Remington.

—Usted debe ser Valdivia —indicó.

—De Valdivia. Pedro de Valdivia —corrigió el Petiso, convencido desde siempre de que el «de» antecedido a su apellido le otorga un dejo nobiliario, algo así como el «von» entre los prusianos.

—Me advirtieron que no sería recibido con fanfarrias —comentó y sacó algo del bolsillo interior de la cazadora. Era un teléfono satelital de última generación. Desplegó una corta antena, marcó un número, esperó y me pasó el aparato. Entonces, luego de veinte años tratando de olvidarla, volví a oír la voz de Kramer.

—Belmonte, mi viejo amigo con nombre de torero.* Mi emisario te entregará un sobre con dinero y un pasaje aéreo a Santiago. No. No es necesario que lo agradezcas. Y tampoco puedes negarte a aceptar la invitación a vernos, sobre todo considerando mis esfuerzos por demostrar a la policía chilena que no tuviste nada que ver con el asesinato de cierto alemán, ex agente de la Stasi, ocurrido hace veinte años en la Tierra del Fuego. Extraño país el tuyo, Belmonte, donde uno puede tomar el aperitivo con un genocida y sin embargo el asesinato es un delito imprescriptible. Será un placer volver a vernos, Belmonte.

No. No podemos huir de la sombra de lo que fuimos.

* El primer encuentro entre Kramer y Belmonte se produce en *Nombre de torero* (Andanzas 220), Tusquets Editores, Barcelona, 1994. (N. del E.)